

Carmen Castillo: sus amores, el MIR, el exilio

■ "Soy fiel a lo que fui, pero hay un tiempo para cada cosa: hoy no militaría en el MIR".

■ "He tratado de comprender esa monstruosidad que es el terrorismo europeo".

Por Rosario Guzmán Errázuriz

"Yo, la de entonces, ya no soy la misma...", pareciera decir Carmen Castillo —hija del ex Rector de la UC Fernando Castillo Velasco—, quien se encuentra en Chile con motivo del cáncer que afecta a su padre, razón por la cual el gobierno le autorizó ingresar al país, desde el exilio, por un lapso de 15 días.

Y si aquello no lo dice ella, lo delata su mirada, su voz, ese conjunto de recuerdos que suenan a melodía de otros tiempos, cuando la joven historiadora —entonces radiante, expresiva, envolvente— protagonizó intensas historias de amor con atrevidos varones revolucionarios que alternaban la pasión de vivir con el riesgo que importa el uso de las frías metralletas de muerte.

Con su mejor voluntad y disposición, accede a una entrevista con "La Segunda". Es la oportunidad —pensamos— de hacer luz sobre su pensamiento actual, su posible evolución ideológica, el MIR, Chile, el exilio, en fin, sobre aquella vida suya remecida por tan violentas y variadas experiencias.

Pero ello no resulta del todo posible. No lo impiden ni sus propias restricciones, ni la desconfianza. Ni siquiera el cálculo. Sólo que hay veces en que las palabras no consiguen formular una idea clara y precisa que permita entregar la propia verdad para ser entendida. "Siento que cuando hablo, se me van las cosas...", reconoce, mientras bebe una y otra taza de café negro, y fuma uno y otro cigarrillo, a lo largo de una suerte de monólogo teñido de un halo de tristeza, al que colabora la oscuridad de una mañana fría que penetra los cristales de ese taller del padre arquitecto, en su casa de Simón Bolívar.

Imágenes, recuerdos, sensaciones y los deseos de comunicar, van sucediéndose en un "racconto" deshilvanado pero sincero. Cien horas de conversación nos habrían parecido insuficientes para conseguir una comprensión cabal de un pasado repleto de hechos traumáticos, un presente confuso y un futuro incierto. A poco andar, nos damos cuenta de que ésta no será propiamente una entrevista. Ni siquiera una conversación, sino más bien la posibilidad, de parte nuestra, de crear un espacio en el que vayan emergiendo algunos elementos de la verdad de esta hoy escritora y cineasta, que intenta amalgamar, al interior de sí misma, su doble nacionalidad de chilena y francesa, su huella de revolucionaria, su calidad de exiliada, sus encontrados sentimientos respecto de este Chile del cual se ha sentido tan cerca y tan lejos a la vez ("una experiencia un tanto esquizofrénica, como puedes ver").

"He querido encontrarme con la Carmen de antes", reconoce ella misma. Pero cuando le pregunto en qué consiste la distancia que separa a "la de antes" de "la de ahora", dice que

no sabe. Que ha vivido muchas vidas. Que renace a cada tanto. Que no reniega del ayer, pero que siempre quiere modificar el curso de su propia historia. Que a ratos es feliz y, de pronto, sucumbe a la tristeza y la melancolía. Que le confunde su poder de seducción y que, cada cierto tiempo, necesita aislarse. Que la terapia psicológica la ha ayudado a elaborar las pérdidas y que hoy sólo quiere prolongarle la vida a su padre, para lo cual se lo llevará a Francia con el fin de que sea sometido a una nueva intervención quirúrgica. "No quiero que muera todavía", reflexiona con dolor.

La experiencia de la muerte aparece inscrita en su vida con una fuerza reiterativa. Primero, muere el hombre que ama. (Miguel Enríquez, el máximo líder del MIR). Luego, el hijo de ambos. En seguida, muchos amigos: aquellos que —paradójicamente— no temiendo a la muerte, se exponían a ella, a la vez que atentaban contra la vida de otros.

Hoy quisiera ser capaz de hacer síntesis. De analizar su propia vida. De encontrar las respuestas a tantas preguntas que quedaron en el aire. De tener la serenidad y lucidez para hacer un balance. De mirar a Chile y tener algo que decir... Pero sólo consigue repetir un persistente "no sé", mientras el único verbo que termina por conjugar —ya sea para buscarle un sentido a su vida, o como una forma de evasión, o para acrisolar allí su compleja experiencia vital— es el de TRABAJAR. Es lo que quiere, es en lo que piensa, es lo que hace: trabajar. Y para ello, cruza los océanos de ida y vuelta, procurando que Europa y América Latina se den la mano, en el cine. Hoy trabaja para Coral Film, una productora francesa, fruto de un proyecto llevado adelante por su amigo García Márquez y la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, cuya escuela se encuentra en La Habana.

La abuela, la revolución y Pascal Allende

Pero hagamos historia... Y es a tientas que vamos desenrollando la madeja de su vida que comenzara a tejerse hace exactamente 42 años: "Recuerdo a la Abuela, la madre de mi padre, una mujer extraordinaria, de gran carisma, muy católica, en torno a la cual girábamos todos allá en la Quinta... La veo, con su capa negra, entre las higueras, los nogales, los cerezos, los castaños, las acequias... en las noches me tomaba la mano hasta que me quedaba dormida... Crecimos en un espíritu de comunidad, el que luego cultivó mi papá, mientras mi mamá (Mónica Echeverría) se preocupaba de la estética, el teatro, la cultura..."

Después de estudiar en la Alianza Francesa y luego en las Monjas Franciscas, ingresa al Pedagógico de la U. de Chile, a la carrera de Historia:



"Allí se me abrió un mundo nuevo... Fue mi encuentro con América Latina, con la Revolución cubana. Era una fascinación por la inteligencia, la sensibilidad, el descubrimiento de otro mundo... Si que discutíamos con mi padre, que siempre ha sido demócrata cristiano, y no podía entender nuestras inclinaciones izquierdistas (la mía y de mis hermanos). Pero siempre las discusiones han sido en un clima de gran respeto".

Fue entonces que conoció a Andrés Pascal Allende (otro de los máximos líderes del MIR, hoy en el exilio), con quien más tarde contrajo matrimonio. Ambos son padres de Camila, de 18 años. De dicha relación recuerda: "Nos unió una gran ternura, lo pasábamos bien juntos, nos reíamos... El sabía de historia, de música, de Freud..."

—Y también de armas...

—Bueno, la verdad es que lo nuestro fracasó debido a su compromiso político con el MIR. Yo estaba en otra cosa y no me encontraba lista para militar. El camino de Andrés se fue acelerando demasiado rápido y nosotros nos fuimos separando de a poco.

Al MIR... por amor

Carmen se hace, en ese tiempo, muy amiga de Beatriz Allende. Conoce a Salvador, su padre, se fascina con él y comienza a trabajar a favor de su candidatura presidencial y de la Unidad Popular. Es, en esa época, cuando aparece en escena Miguel Enríquez. De cómo lo conoció y de los fuertes conflictos que debió enfrentar con motivo de aquel encuentro, no quiere hablar. Al parecer, esa etapa de su vida contiene elementos de extrema complejidad. Prefiere resumirlo todo en un: "Es la historia de amor más bella que he vivido. Es verdad que llegué a militar en el MIR, pero

hay que entender que entonces yo no tenía, ni veía, otra alternativa. Hasta el uso de las armas adquiría un sentido: estaba inserto en nuestro ideal".

La verdad es que conmueve, y desconcierta, oírle hablar de una realidad tan brutal con un candor y un idealismo que sólo puede explicarse en función de un gran amor... Y así lo entiende también ella cuando reconoce que: "Lo más importante en las vidas de las personas son los encuentros afectivos. Estos son capaces de modificar pensamientos, ideologías, creencias..."

• —Pero Miguel Enríquez está muerto. ¿Sigue usted militando en el MIR?

—Hoy no estoy en el MIR y no militaría en él si viviera en Chile. Soy fiel a lo que fui, pero hay tiempos para cada cosa. Prefiero escribir y hacer cine y, desde allí, luchar por lo que creo... Y creo profundamente en la democracia.

De Miguel guarda el mejor de los recuerdos. Y del fruto de su convivencia con él, un gran dolor: la muerte, a los 3 meses de edad, del hijo que engendraron juntos. Enríquez había tenido previamente una hija, Javiera, de su matrimonio, y más tarde a Marco Antonio, producto del amor con otra chilena que también debió permanecer 14 años en el exilio.

Duro trance el del exilio. Pero enfrentada a él, Carmen se dijo a sí misma: "O sobrevivo o me suicido". Y la verdad es que, pese al entrañable dolor que le ha significado la experiencia, ha sobrevivido a ella con fortaleza y coraje, abriéndose incluso un camino profesional destacado, el que la tiene muy satisfecha.

'Terremoto dentro de mí'

Respecto de su relación afectiva con Régis Debray, (teórico francés, quien fuera asesor de Allende y hoy de Mitterrand), prefiere no ahondar: "Es una historia larga y complicada. Estoy trabajando en ella y él también. Ninguno de los dos podríamos decirte mucho al respecto, en estos momentos". En todo caso, y en estos momentos, está Pierre junto a ella. Un joven cineasta de 36 años ("mi compañero") con quien ha tenido su segundo hijo: Diego, de dos años de edad.

Finalmente, Carmen confiesa: "Tengo, además, la necesidad de tener una amiga, una mujer, con la que trabaje y pueda compartir".

—¿Y qué espera de la vida, finalmente?

—Trabajar. Tengo 42 años y todas esas vidas de las que te he hablado. Ya no me queda más que trabajar.

—¿No será ésta una etapa de transición hacia algo mejor?

—No es transición. Es un terremoto, dentro de mí... —termina por decir, mientras su mirada se pierde en un vacío aparentemente indescifrable y colmado de interrogantes.